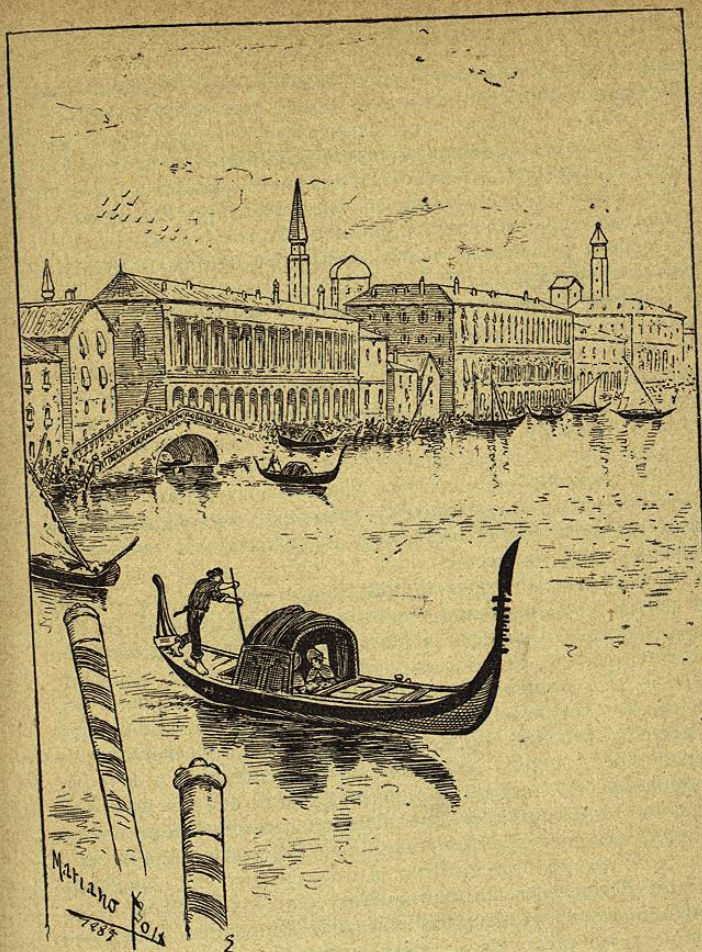
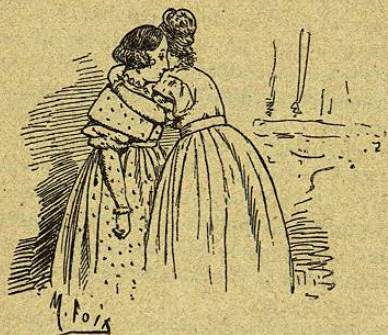


no había pronunciado una sola palabra, estuvo hasta el fin perplejo y aturdido. Fanny mostró aquel día los más afectuosos sentimientos de su hermana, porque sólo se ocupó en hacer caricias á la niña Dórrit, regalarle algunos de sus dijes, y decirle que quisiera haber muerto.



CAPITULO VI

Algo marcha

Gracias á la charlatanería de Enrique Gowan, no se tardó en saber en todos los sitios donde el artista se presentaba con su esposa, que se había casado sin consultar á su ilustre familia, á la cual costó mucho acceder á semejante enlace. Go-

wan estaba exento de toda preocupación en este sentido, hasta el punto de rechazar con desprecio cuantas observaciones se le hubieran podido hacer; mas á pesar de su empeño particular en despreciarse á sí mismo, guardaba dentro del matrimonio el primer puesto. En los primeros días de su luna de miel, Minnie Gowan reconoció que pasaba por la esposa de un hombre que se había humillado al casarse con ella, pero cuyo amor caballeresco había saltado por encima de todas las barreras sociales.

El señor Blandois, de París, había acompañado á los Gowan hasta Venecia, donde visitaba con la misma asiduidad á su amigo el artista. Cuando éste encontró por primera vez en Ginebra al lucido caballero, no supo al pronto si debía abofetearle ó cultivar sus relaciones; durante veinticuatro horas estuvo pensando sobre la determinación que debería tomar, y al fin resolvió que la suerte decidiera, echando una moneda al aire; pero habiéndole manifestado su esposa que el seductor Blandois le desagradaba, y como este personaje era bastante mal visto en el hotel, Gowan se decidió á cultivar las relaciones del viajero.

¿Cómo explicar esta malignidad, que tal lo era, puesto que al artista no le impulsaba ningún sentimiento generoso? ¿Por qué Gowan, tan superior á Blandois de París, y tan capaz de desenmascararle, se asociaba con un individuo de semejante especie? En primer lugar, oponíase al deseo manifestado por su esposa, porque el señor Jeagles había pagado sus deudas, y estando tranquilo por esta parte, quería aprovecharse de la primera ocasión para proclamar su independencia; y después, complacíase en combatir la opinión general, que era muy desfavorable á Blandois, porque tenía un carácter maligno y no deseaba enmendarse. Hubiérase dicho que con semejante asociación se proponía demostrar en un país muy culto que todo hombre de modales tan distinguidos como los de Blandois no podía menos de alcanzar las más altas dignidades. Gowan se complacía en presentar al viajero como tipo de elegancia, haciendo de él una especie de sátira viviente de otros que habitaban en el hotel y parecían muy prendados de sus cualidades físicas. El artista aseguraba con el mayor aplomo que nadie sabía saludar como Blandois, y que su gracia era irresistible. Y sin embargo, Gowan comprendía muy bien que el oficioso viajero era un caballero de industria, y además tenía por cobarde; mientras que él, por el contrario, era hombre valeroso y audaz, tanto que no habría vacilado un mo-

mento en arrojar á Blandois por la ventana más alta de Venecia si éste hubiera dado á su esposa el más ligero motivo que justificase su repugnancia.

La niña Dórrit hubiera querido ir sola á casa de la señora Gowan, pero como Fanny había ofrecido acompañarla, las dos hermanas se embarcaron en una góndola, y escoltadas por el correo, dirigieronse con gran ceremonia á la casa del artista, situada en un pequeño islote desierto, cerca de una iglesia.

Un doméstico, especie de lacayo provisional, abrió la puerta á las visitantes y las condujo hasta el salón donde estaba la señora Gowan, anunciando que dos encantadoras señoritas inglesas venían á visitarla.

Minnie, que se ocupaba en una labor de aguja, apresuróse á ocultarla en un canastillo y levantóse algo confusa: la señorita Fanny se mostró sumamente afable y cortés, é hizo los cumplidos de costumbre con toda la habilidad de una dama de gran tono.

—Papá ha sentido mucho—dijo,—no poder acompañarnos hoy, pues sus numerosas relaciones en Venecia no le dejan un momento libre; pero me ha recomendado muy particularmente que deje su tarjeta para el señor Gowan; y para no olvidar el encargo, que mi padre me ha repetido al menos una docena de veces, permítame usted, señora, dejar esta tarjeta sobre la mesa.

Así lo hizo Fanny con la mayor desenvoltura.

—Hemos tenido el gusto de saber—añadió,—que ustedes conocen á los Merdle, y esperamos que este será un motivo más para estrechar nuestras relaciones.

—Son amigos de la familia de mi esposo—repuso Minnie;—yo no he tenido aun el gusto de ser presentada personalmente á la señora Merdle; pero presumo que la conoceré en Roma.

—¡Ah! tanto mejor—replicó Fanny, que parecía esforzarse en atenuar el brillo deslumbrador de su propia superioridad.

—¿La conoce usted mucho?

—¡Oh! en Londres se conoce á todo el mundo; pero también hemos encontrado á esa señora en el camino, y por cierto que papá se irritó mucho contra ella porque había ocupado uno de los salones alquilado de antemano para nosotros; pero después hemos quedado como los mejores amigos del mundo.

Aunque la niña Dórrit no había tenido ocasión de hablar

con la señora Gowan, existía entre ellas cierta inteligencia que suplía á las palabras; pero al fin la joven pudo preguntar:

—¿No ha tenido usted novedad desde la noche que nos vimos?

—No, amiga mía. ¿Y usted?

—¡Oh! yo estoy siempre bien—repuso la niña Dórrit con cierta timidez.—Yo... sí, gracias.

No había motivo alguno para que la niña Dórrit vacilara y se interrumpiese; pero la señora Gowan acababa de dirigirle una expresiva mirada con sus hermosos ojos, y esto bastó para que la joven no prosiguiera.

—Usted no sabe—dijo Minnie,—que ha cautivado usted á mi esposo, y que casi debería estar celosa.

La niña Dórrit movió la cabeza ruborizándose.

—Si le repite á usted las mismas palabras—prosiguió la señora Gowan,—le dirá que no ha conocido persona más obsequiosa.

—Favor que me hace—contestó la joven.

—No lo creo así; pero de todos modos debo anunciarle la visita de ustedes, pues no me perdonaría nunca el haberlas dejado partir sin haberle avisado. ¿Me permitirán ustedes un momento?

Estas palabras iban dirigidas á Fanny, que contestó graciosamente; y entonces la señora Gowan abrió una puerta, pasó á la habitación contigua y volvió muy pronto.

—Enrique dice que les agradecería tuviesen la bondad de visitar su taller; ya sabía yo que tendría mucho gusto en saludarlas.

Lo primero que vió la niña Dórrit, que iba delante, fué la figura de Blandois de París, embozado en una gran capa y cubierta la cabeza con un sombrero de bandido calabrés; estaba de pie en un tablado al otro extremo del taller, y á pesar del traje la joven le reconoció al punto.

—No teman ustedes—dijo Gowan, retirando su caballete que estaba detrás de la puerta;—es Blandois, que hoy me sirve de modelo, lo cual es una economía muy necesaria para nosotros los artistas pobres, que no tenemos dinero para tirarle por la ventana.

Blandois de París se descubrió, saludando á las señoras con su sombrero de anchas alas, sin moverse de su rincón.

—Dispénseme ustedes—dijo Blandois;—el «maestro» es tan inexorable conmigo que no me atrevo á moverme.

—Pues no se mueva usted—contestó tranquilamente Go-

wan, mientras que las dos hermanas se acercaban al caballete;—para que estas señoras vean mejor el original de mi bosquejo, pues así sabrán lo que he querido representar. Helo aquí, señoritas: figúrense que es un «bravo» esperando su presa, ó un ilustre patriota que aguarda la ocasión de salvar su país, ó un fulano cualquiera que acecha la ocasión de hacer daño al primero que llegue.

—Diga usted más bien, «professore mio», un pobre cabalero que espera un instante para saludar á la elegancia y la belleza—replicó Blandois.

—O digamos, «cattivo soggetto mio»—contestó Gowan dando una pincelada al retrato en la parte donde el rostro del modelo se había movido,—un asesino que acaba de dar el golpe. Enseñe usted su blanca mano, Blandois, sáquela fuera de la capa y no la mueva.

La mano de Blandois temblaba un poco, pero como el modelo se reía al mismo tiempo, explicábase que no pudiese tenerla quieta.

Blandois no había separado un momento la vista de la niña Dórrit, que fascinada por la mirada de aquel hombre, tenía á su vez los ojos fijos en él, pero temblando como si le infundiera terror. Gowan supuso que la atemorizaba el perro, aunque le hacía caricias en aquel instante, y como el animal soltara un sordo gruñido, volviése para decir á la joven:

—No tenga usted cuidado, señorita, no le hará ningún daño.

—A mí no me da miedo—repuso vivamente la niña Dórrit, —pero... mire usted lo que hace.

Gowan, arrojando el pincel y la paleta, cogió al perro con ambas manos y sujetóle por el collar, gritando:

—¡Blandois! ¿cómo puede usted cometer la necedad de irritarle? ¡Por el cielo... ó por el infierno!... le aseguro á usted que le hará pedazos. ¡Quieto, León!

El perro, que era muy grande, aunque medio ahogado por el collar, tiraba con todas sus fuerzas para llegar al tablado, y agachábase ya para tomar impulso cuando su amo le sujetó.

—¡León, León!—volvió á gritar Dowan (el perro se había levantado sobre sus patas posteriores y resistíase á su amo): ¡aquí, aquí!... ¡Salga usted, Blandois, ocúltese en cualquiera parte! ¿Qué diablos ha hecho usted á este maldito animal?

—Yo no le he hecho nada.

—Pues salga usted, porque no puedo contener más tiempo á esta fiera; salga usted del taller, si no le matará.

El perro, ladrando furiosamente, hizo un último esfuerzo,

mientras que Blandois desaparecía; pero cuando el animal se hubo calmado, Gowan, que no estaba menos furioso, derribóle de una patada, y sujetándole debajo de sus pies, golpeó tan cruelmente con el tacón de la bota, que el hocico del animal se llenó de sangre.

—Y ahora—gritó el artista,—échate en ese rincón, ó te saco fuera y te mato de un tiro.

León obedeció, lamiéndose el hocico y el pecho; mientras que su amo, después de tomar aliento, y recobrada su sangre fría habitual, volvióse para hablar con su esposa y las visitantes.

—Veamos, mujer—dijo Gowan,—tú sabes que León siempre es cariñoso y tratable, y por tanto debo suponer que Blandois le ha irritado. El animal tiene sus simpatías y sus antipatías, y no parece querer á mi amigo; pero estoy seguro que le podrías dar certificación de buena conducta, porque es la primera vez que le ves así.

Minnie estaba demasiado turbada para contestar; la niña Dórrit hacía lo posible para calmarla; Fanny, después de proferir dos ó tres exclamaciones, habíase refugiado junto al artista; mientras que León, avergonzado sin duda de ser la causa de tanto trastorno, arrastrábase hasta los pies de su ama.

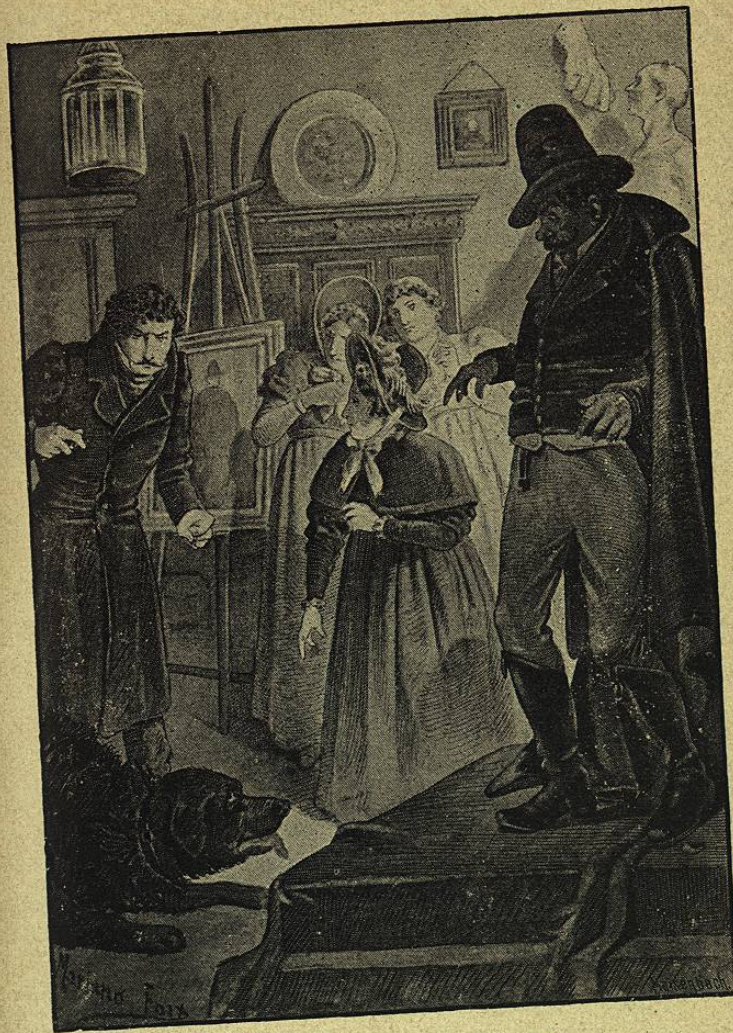
—¡Bestia furiosa—gritó Gowan, pegándole de nuevo,—te aseguro que has de arrepentirte!

—¡Oh!—exclamó la niña Dórrit,—ruégole á usted que no le castigue más; vea usted cuán manso es.

El artista complació á la joven, dejando tranquilo el perro, que á decir verdad no podía mostrarse más sumiso y humilde.

No era fácil que las damas se repusieran pronto de la emoción que les había producido aquel incidente, y así es que después de cruzarse algunas palabras más, las dos hermanas se levantaron para despedirse: el señor Gowan las acompañó hasta el pie de la escalera, excusándose en tono de broma de haber tenido que recibirlas en una morada tan humilde, que hubiera hecho ruborizar de vergüenza á los individuos de su familia. A la orilla del agua, las señoritas fueron saludadas por Blandois, que si bien muy pálido desde su reciente aventura, no parecía acordarse ya de ella, y rióse cuando le hablaron de León.

Poco después de haberse embarcado las dos hermanas, la niña Dórrit creyó notar que Fanny se daba más importancia que antes; y al mirar por la ventanilla de la góndola para ver si descubría alguna causa, observó que las seguía otra embar-



León, león—volvió á gritar Gowan